

Edgar Roy Ramírez Briceño

América Central, una tarea inconclusa: de traspatio a cintura del continente

*“Sí. Una gran potencia civilizada y civilizadora.
Espiritualmente nutrida.
Materialmente bien alimentada.
Sin andrajos ni miseria.
Sin cañones ni acorazados.
Sin bombas atómicas ni bombas de hidrógeno.
Sin tizonas ni charreteras”.*

V. Sáenz

“... la costa central de mi tierra, la dulce cintura de América”.

P. Neruda

*“ Se comienza por decir: es imposible, para no intentarlo;
y, se convierte en imposible, en efecto,
porque no se le intenta”.*

C. Fourier

Summary: *This paper deals with the need of rethinking and criticizing several issues of great importance for Central America: the role of armies, the notions of democracy and development. An utopian stance underlies the viewpoints offered in the paper.*

Resumen: *El artículo se ocupa de una reflexión sobre la necesidad de replantear y criticar algunos temas de gran vigencia en Centroamérica, por ejemplo, la función de los ejércitos, las nociones de democracia y desarrollo. Lo subyace una perspectiva utopista.*

No hay vías fáciles para salir del atolladero centroamericano. Demasiado dolor, innumerables muertes, gran cantidad de problemas irresueltos ponen obstáculos a un pensamiento esclarecido en

torno a la región. Esto, sin embargo, lo hace más necesario. América Central es una región marcada por la pobreza, la muerte prematura, el desempleo, el subempleo, los abusos respecto de los derechos humanos, la gran cantidad de refugiados o desplazados, el estancamiento económico. Una situación tal exige, volvamos a insistir, formas nuevas de pensar y actuar.

En el contexto de mentalidad de superpotencia, América Central ha sido a menudo llamada “el patio trasero de los Estados Unidos”. ¿Qué entraña semejante metáfora? Además de la connotación peyorativa que expresa, muestra la clara actitud de superioridad de superpotencia: Los Estados Unidos tienen el derecho de intervenir en Centroamérica porque esta es su zona “natural” de influencia, de moldear el destino de los centroamericanos de acuerdo con su “mejor e iluminado” punto de vista; y, dado

que son mejores, deben decidir qué es lo que más les conviene a los habitantes de la región. Tal es la mentalidad que subyace a la metáfora del patio trasero.

Si América Central es el patio trasero, ¿qué sería Canadá, el jardín? ¿y Méjico? En Centroamérica el patio se utiliza para tener las cosas en desuso. También está el basurero. Por ello, si se toma el término "patio trasero" en serio, entonces se puede entender por qué América Central se ha convertido en una especie de refugio de tecnología riesgosa, de tecnología obsoleta, de plaguicidas prohibidos; un lugar privilegiado donde pueden verse las transgresiones transnacionales. América Central es tratada cual si fuera un basurero tecnológico, aunque también llega buena cantidad de basura ideológica -predicadores por televisión, por citar un caso-.

Una de las consecuencias que se siguen de la metáfora del traspatio es la siguiente: el dueño del traspatio es dueño de la casa. Acostumbrados a intervenir en América Central, a los Estados Unidos les puede ser difícil actuar diferente, en una forma más sabia y comprometida, así como entender que pueden haber varios cursos de acción que tomen en cuenta que Centroamérica merece una oportunidad de inventar su identidad en una forma más creativa y generosa¹. No es tan solo un asunto de respetar diferentes formas de vida y de pensar, sino de percatarse que una pluralidad de vías puede dar paso a estilos más ricos de vida en sociedad. Ya es hora que los Estados Unidos terminen con su viejo estilo de respuestas a las crisis centroamericanas: operaciones encubiertas, subversión, intervenciones armadas, etc.

Vinculado con lo ya dicho, podemos agregar que los ejércitos -destinatarios privilegiados de tecnologías perniciosas- no ofrecen solución alguna, por el contrario, son parte de los problemas centroamericanos. De hecho, no hay ningún caso importante en que los ejércitos hayan hecho algo en favor de los pueblos. En lugar de ello, y en la historia reciente, por ejemplo, se han comportado como ejércitos de ocupación de sus propios países. Por esto, si el desarrollo ha de considerarse como una meta importante para la región centroamericana, entonces es preciso comprender que los ejércitos no son precisamente aliados del desarrollo. Los ejércitos no producen nada, necesitan que se les alimente, necesitan que se les pague, y les encanta ser temidos. Aún más, los ejércitos son una de las causas del subdesarrollo regional, ya

que, entre otras cosas, no han contribuido en nada al bienestar de la sociedad, aunque sí mucho al malestar. Los ejércitos han sido y son muy caros de mantener y una carga (no solo desde el punto de vista económico). Una respuesta urgente es la de saber cuál porcentaje de la deuda externa se ha ido en parafernalia militar, cuánto de la deuda se gastó en industria de la muerte.

Los ejércitos son sumamente onerosos económicamente. Pero también lo son desde una perspectiva política: siempre han sido aliados de los grupos socialmente más retrógrados. Además de ser corruptos y brutales, los ejércitos jamás se han puesto en favor de una sociedad abierta y libre, en favor de la paz o en favor del desarrollo. Los ejércitos no significan seguridad para la gente. De aquí se sigue que la reducción de los ejércitos, es un objetivo altamente razonable desde un punto de vista económico, político y ético. Como si esto fuera poco, cabe agregar que tal objetivo también se justifica desde un punto de vista militar: frente al poderío de la superpotencia es poco o nada lo que los ejércitos centroamericanos pueden hacer, la prueba patente es la invasión a Panamá en diciembre de 1989. Se suma a la inutilidad de los ejércitos, el hecho de que entre los países de América Central no hay ningún conflicto que amerite su participación. Si bien la reducción es un objetivo, la meta guiadora ha de ser, sin embargo, la abolición total.

Dado que los ejércitos son obstáculo real para lograr mejores maneras de convivencia, la desmilitarización de la región debe ser una meta que contribuya a conseguir una economía sana sin gente enferma, una mejor calidad de vida que incluya entre sus rasgos esenciales la posibilidad de seguir con vida, y una sociedad donde no ocurra, según el decir de Neruda, que los pistoleros se paseen con la "cultura occidental" en los brazos.

No solo no hay que olvidar que los ejércitos no han sido ningún bastión de la democracia, sino que es preciso recordar que la democracia es mucho más que ir a votar periódicamente. Es un enfoque claramente desubicado el que equipara democracia con elecciones. El ocaso de las dictaduras no es tampoco un retorno automático a la democracia, aunque sí sea un retorno necesario a la institucionalidad. Es preciso aprovechar tal situación para enfrentar el gran desafío de asegurar que las mayorías logren con su esfuerzo y con ayuda, cuando sea necesaria, las condiciones mínimas de un desarrollo con dignidad y autoestima, porque

mientras esté menoscabada la participación política, económica, social y cultural, tanto en el disfrute de los bienes como en su creación, entonces la democracia no ha cruzado los umbrales para su florecimiento.

Aumentar la participación lúcida y socialmente solidaria es una búsqueda consciente de una democracia sin frustraciones, lo que supone elevar el nivel de bienestar material y cultural de los miembros de una sociedad para que puedan ser interlocutores en igualdad de condiciones. La democracia es proceso y es meta.

La democracia supone que nadie, individuo o grupo, posee un acceso privilegiado a la verdad en torno a la convivencia social y política. De ahí que sea preciso formular la tolerancia entendida como la aceptación de poder vivir y convivir en la diferencia. Obviamente, la democracia desaparece en la intolerancia de quienes se ven a sí mismos como poseedores de la verdad y están dispuestos, si no a someter, sí a que los otros se sometan a su visión. En este sentido, es indispensable partir de mínimos no negociables: la libertad y la igualdad de los participantes en el juego democrático.

Someter a otros atenta contra la raíz de la democracia, ya que como bien lo dice A. Camus: "Demócrata, en definitiva, es aquel que admite que el adversario puede tener razón, que le permite, por consiguiente, expresarse y acepta reflexionar sobre sus argumentos". Para querer tomar la palabra, para querer y exigir el diálogo, es preciso trabajar las condiciones para que los miembros de la sociedad puedan dialogar, puedan establecer una comunicación dialogante. Se trata entonces de eliminar formas excluyentes de desigualdad mediante instituciones y prácticas que se aboquen a generar el mínimo básico de igualdad para que el diálogo no sea una forma disimulada de violencia.

No se es espontáneamente demócrata. Por ello, la educación ocupa una posición central si se quiere alimentar los valores que ayuden a superar los obstáculos planteados por las desigualdades naturales (capacidades, dones, fuerzas). La democracia se plantea más bien como una conquista respecto de la espontaneidad. La democracia es esfuerzo, logro, tarea, educación, que intenta enseñorearse frente a los excesos del poder y las ansias de dominio. Se trata de eliminar las desigualdades o desventajas de punto de partida para establecer la igualdad de oportunidades. Es decir, el compromiso democrático radica en disminuir la importancia y el impacto de las diferencias étnicas, de

las diferencias culturales, de las diferencias profesionales, de las diferencias sexuales, de las diferencias de edad, para plantear que todos los seres humanos, sin exclusión, son igualmente humanos. Que las diferencias funcionales y las diferencias naturales no atenten contra la humanidad compartida por todos.

De ahí que la democracia ha de saberse siempre por recomenzar y necesita repensarse a la luz de los retos propios y no ya en oposición a los totalitarismos y variadas formas de dictadura. Es preciso mirar hacia adentro. Por ello la actitud respecto de la democracia no puede ser complaciente o triunfalista, sino más bien una actitud vigilante y militante porque se ha de tener claro que la justicia es una lucha constante, ineludible, contra las diversas formas de injusticia, tan presentes y tan variadas: ningún momento logrado es un momento de descanso por lo incesantes y proteicas que son las distintas manifestaciones de la injusticia.

Ello hace importante la lucha contra el hambre, las moscas, las inundaciones, el tráfico de influencias, las corruptelas, la impunidad, las variadas formas de explotación y empobrecimiento de la vida de los seres humanos y del entorno natural.

Con lo anterior se vincula la necesidad del reconocimiento de mínimos morales no negociables (que no son producto de la decisión de una minoría o de una mayoría): "...hay cosas que clara y evidentemente nos dañan a los seres humanos (pasar hambre, frío, ser azotados, privados de libertad, reducidos o mermaidos en nuestras capacidades físicas, psíquicas, intelectuales, etc.) parece clara y evidentemente se sigue que estas cosas serán siempre malas, inconvenientes e indeseables desde una perspectiva ética, con independencia de lo que los seres humanos opinen, incluso mayoritariamente".³ Los mínimos no negociables pueden verse como condiciones necesarias para que florezca una democracia. Pero tales condiciones también se construyen. Por ello hablamos de la democracia como meta y proceso.

La opción parece clara, aunque poco defendida, se trata de reconocer el derecho de las mayorías a acceder a una existencia humanamente rica, sin menoscabo de potencialidades positivas, sin regatear tal derecho para que la consciencia de la libertad y la dignidad no sea privilegio de unos cuantos sino la posibilidad de todos. Una democracia con tales aspiraciones estaría moralmente legitimada.

En esta caracterización de la democracia con rasgos utopistas y sin un afán exclusivo por la

eficiencia y la eficacia, se torna inevitable no renunciar a asumir las riendas para que la democracia produzca seguridad y posibilite que la gente pueda llevar a cabo sus proyectos personales sin temor a que la desaparezcan. Una sociedad en la que se practique la desaparición de personas no puede considerarse democrática. Es necesaria la protección contra los excesos de las mayorías o los desplantes de las minorías. Es importante vincular la democracia con una atmósfera de mayor calma, donde el gusto por la vida pueda alimentarse, donde pensarse uno como pensarse no tiene por qué temer golpes en la puerta a deshoras, de parte de las fuerzas de "seguridad". Semejante tranquilidad es decisiva para ahondar en la búsqueda de respuestas a los problemas que se presentan. La democracia está vinculada con las posibilidades de la gente de poder escoger, organizarse y participar, sin temer por sus vidas. La represión ha de ser proscrita y los derechos humanos respetados para que la democracia florezca. Libertad de expresión, posibilidades reales de participación, mantener -en el peor de los casos- los ejércitos en los cuarteles y bajo mando civil, mejora de los canales de información, son de los elementos necesarios con la finalidad de darle a la democracia una posibilidad. Elecciones libres y honradas tienen escasas posibilidades si las anteriores condiciones no se dan.

Por lo que América Central atraviesa podría llamarse "un experimento democrático", ya que aún son muy importantes los cambios que han de ocurrir para que la democracia crezca: más justicia, más libertad, menos propaganda.

Uno de los obstáculos que enfrenta la democracia para echar raíces es la deuda externa. Hay un gran nivel de pobreza que debe ser enfrentado. No obstante, las condiciones impuestas por los organismos financieros internacionales se traducen en una flagrante violación de los derechos humanos (derechos económicos, biológicos y culturales), ya que la satisfacción de tales derechos no puede darse adecuadamente por cuanto una parte esencial de los recursos se destinan al pago de los intereses de una impagable deuda externa, en lugar de utilizarse para fomentar el bienestar humano y el desarrollo.

La deuda externa se ha convertido en un obstáculo casi infranqueable para el florecimiento de las potencialidades humanas positivas de un gran número de habitantes; aumenta la vulnerabilidad de los grupos vulnerables y debilita el sector productivo orientado a la satisfacción de las necesidades

básicas. Los esfuerzos por lograr una sociedad desarrollada han dado paso a los esfuerzos de pagar los intereses y administrar la crisis.

Algunas preguntas claman por respuesta: cómo se gastó, en qué tipo de proyectos, cuánta fue realmente invertida, qué grado de responsabilidad le corresponde a los agente involucrados -gobiernos, bancos, firmas, individuos, entre otros-, cuánta se gastó en la compra de tecnología superflua, cuánta en sobornos a funcionarios corruptos, cuánta en proyectos inútiles.

Hay una responsabilidad compartida entre deudores y acreedores: el sistema bancario internacional estuvo dispuesto a hacer préstamos, a inundar con dinero la región a causa de la abundancia de fondos debido a los denominados petrodólares. Por ello, los sistemas de tasas de interés han de ser evaluados y adaptados a las nuevas circunstancias, para orientarlos a una situación de mayor equidad. Son múltiples los problemas generados por una deuda $e(x)$ terna impagable. Empero, la deuda $e(x)$ terna no ha de ser usada como chivo expiatorio de problemas internos cuyos autores son agentes domésticos, o han sido creados, al menos, con la ayuda de centroamericanos.

Dado que la deuda hace que se descuide el área de la salud; y, pone a los países a expensas de los organismos financieros internacionales, que exigen la restricción de gastos en cuestiones sociales pero no en armamentos; y, dado que se corre el riesgo de estar más expuestos a ideologías que preconizan que el mercado sea "quien" decida en las cosas importantes -como si el mercado fuera un sujeto capaz de tomar decisiones-. Con ello se cae en lo que Garaudy llama, con gran acierto, "el monoteísmo del mercado". El comportamiento de sus precursores guarda mucho parecido con los teólogos dogmáticos. Se renuncia a cualquier iniciativa de tomar las riendas en asuntos humanos importantes, por cuanto la iniciativa se traslada al mercado; se torna absurda la búsqueda de una economía más solidaria y más orientada a la justicia por cuanto los países y su gente están en la gran subasta del "mercado libre" -ese nuevo ídolo al que se le hacen sacrificios humanos y ecológicos-. Se está frente a una ideología apta para empresas y transgresiones transnacionales; pero no para personas al margen de lo humano, puesto que aún no se han logrado metas tan básicas como que todos los centroamericanos tengan un acceso digno a la comida, a la educación, a los servicios de salud y a las fuentes de trabajo. Por todo ello, la

“situación de deuda” plantea un reto a la creatividad -búsqueda de nuevas respuestas- y a la solidaridad - búsqueda de respuestas conjuntas-. Las soluciones no están en la continuación del mismo estilo de producción y organización de ésta. Las vías alternativas son necesarias (entre otras cosas, será preciso “reinventar” la agricultura, la industria y el consumo de energía). Tales vías, empero, solo se dan si se les estimula, si se les asumen socialmente. De lo contrario lo que ocurre es una profundización de la explotación.

Todo lo anterior nos lleva a plantear una concepción polémica del desarrollo. Esta plantea que el desarrollo no es equivalente a un mayor número de maquinaria, a más artefactos, a más armas, a más exportaciones y cuentas de banco más grandes. En su lugar, el desarrollo tiene que ver con un mejor acceso a la tierra, con la participación en la toma de decisiones, con la eliminación de la tortura, con la protección a los grupos vulnerables, con la cura de enfermedades, con la práctica de la justicia. El desarrollo también tiene que ver con la libertad de crear, escoger y vivir; con la eliminación de niveles degradantes de pobreza. No se reduce, por tanto, al crecimiento económico, sino que incluye el mejoramiento de la calidad de vida, una distribución equitativa de la riqueza, de las oportunidades, de los beneficios y del poder. Se trata, por tanto, de que un mayor número de seres humanos alcancen el bienestar y el despliegue de sus posibilidades creadoras. Pero el desarrollo no se agota allí, es preciso crear instituciones, relaciones sociales, patrones de intercambio que garanticen que los individuos o personas logren satisfacer sus necesidades básicas y obtengan las cualidades que le dan calidad a la vida: participación en la toma de decisiones para la construcción de su comunidad, derecho a la identidad cultural y a la creación de la diversidad cultural, seguridad, libertad, pasatiempos interesantes, el ejercicio de las capacidades propias, etcétera. Al respecto, José W. Diokno plantea: “el desarrollo no es solamente proveer a la gente de alimento adecuado, vestimenta y techo; muchas prisiones pueden hacerlo. El desarrollo es también que la gente decida qué alimento, qué vestimenta, qué techo son adecuados, y cómo han de ser suministrados”⁴. Se trata entonces de lograr una sociedad en la que los bienes materiales y los bienes del conocimiento estén mejor repartidos. Por ello, es preciso poner los esfuerzos para generar las prácticas, formas de pensamiento y las instituciones que

potencien la libertad a la vez que posibiliten una sociedad sin excluidos de los bienes.

Conviene no olvidar que buena parte de los problemas a que nos vemos enfrentados han sido causados por la plétora de recetas pregonadas por agencias de “desarrollo”, por políticos y planificadores de estrechas miras, por industriales y comerciantes que medran a costa del subdesarrollo.

Un tema a menudo descuidado por quienes reflexionan sobre las posibilidades de la democracia es la influencia que la tecnología ejerce sobre cuestiones centrales. Los despliegues tecnológicos entrañan implícitamente una forma de organizar la sociedad con relación a cómo se distribuye el poder, a cuál es el mejor tamaño de las unidades de actividad social, a cuál es la forma justificada de ejercer la autoridad, a cuáles son los mecanismos óptimos para la toma de decisiones. En otras palabras, la tecnología no se restringe a suministrar bienes y servicios, sino que la tecnología ha venido dando respuesta a las cuestiones planteadas, sobre todo a partir de la revolución industrial. Langdon Winner muestra cómo tal cosa ha ocurrido históricamente⁵, pero plantea, contrario a los teóricos de la pasividad del “libre mercado”, que una vez conscientes de que así ocurren las cosas no tenemos porqué dejar que sigan ocurriendo sin más. Se trata entonces de recuperar la política para influir en la tecnología. Se trata, por tanto, de no limitarse a constatar que la tecnología da su respuesta a las cuestiones políticas importantes, sino más bien de organizar la tecnología para que cumpla los fines políticos conscientemente decididos.

Estamos frente a lo que puede denominarse control democrático de la tecnología para que los despliegues tecnológicos que se acepten sean compatibles con la libertad, la justicia social y otros fines políticos centrales. Esto supone que las decisiones tecnológicas importantes tendrán que ser examinadas a la luz del tipo de sociedad a la que se aspira y en concordancia con los fines de ésta. Por supuesto que en este momento no hay las instituciones que estimulen el control democrático de la tecnología, en las que converjan los expertos y los ciudadanos a debatir y evaluar las posibilidades, las repercusiones y la compatibilidad de ambas con la sociedad que se desea construir.

Lo que se procura es que el cambio tecnológico no ocurra a pesar nuestro, es decir, que la tecnología no adquiera una autonomía respecto de lo que queremos ser como individuos y el tipo de sociedad planteada como proyecto deseable.

Una perspectiva culta del desarrollo y de la democracia no puede pasar por alto la importancia de la tecnología ni la necesidad de una aproximación crítica (análisis y evaluación) respecto de ésta.

Los problemas y los enfoques son complejos. En este contexto no hay que olvidar que la ayuda externa, cuando se da, si no se le acompaña de un reordenamiento interno de los países equivaldría a echar dinero en un pozo sin fondo. Se necesita la creación de mecanismos que garanticen un uso sensato de los recursos. De igual manera, son necesarias una reforma agraria, una producción orientada conscientemente a la satisfacción de las necesidades básicas, una participación democrática, una protección del ambiente y la utilización de tecnologías no perniciosas. En otras palabras, el desarrollo abarca dimensiones biológicas, económicas, políticas y culturales.

Las necesidades básicas -alimento, servicios de salud, vivienda, trabajo, educación, recreación- han de satisfacerse si se requiere henchir las velas de los experimentos democráticos de la región. Si esto no se hace, se daría entonces una profundización de la pobreza, de la injusticia, de la desigualdad. ¿Por qué es tan difícil convencer a los detentadores del poder, política y económicamente hablando, de que a la larga resultaría más barato ocuparse de las necesidades humanas básicas?. Un proyecto tal de desarrollo es más inteligente que los cursos de acción actuales, y es, a la vez, un proyecto abierto al futuro y cerrado a temores pasados. Recordemos que la paz, el desarrollo y la democracia son difíciles de obtener si cambios en la dirección apropiada son sistemáticamente evitados.

Después de quinientos años de recibir órdenes y llevarlas a cabo, ya es hora de que América

Central se levante y diga su palabra, que gane identidad y dignidad, para así entrar en la historia como naciones que entiendan que el futuro no es lo por venir sino lo que hacer. En algún sentido se trata de rescatar la esperanza frente al nivel de destrucción o degradación promovido por gobiernos desatentos, empresas nacionales y transnacionales de estrechas miras, dado que se quiere "vivir decorosamente -un poco más decorosamente cada día-. Ello quiere decir hacer lo posible y a veces lo imposible, para que todos los miembros de la sociedad, y no sólo los más afortunados, o los más desvergonzados, participen de las riquezas y del aumento de riquezas a que todos contribuyen"⁶. Es el momento para dejar de ser traspatio y convertirnos en la dulce cintura de América.

Notas

1. "Hoy enfrentamos a una forma nueva de colonialismo, que consiste en imponer a los países del Tercer Mundo el mismo modelo de desarrollo que el de la antigua metrópoli". R.Garudy "Conversación". *Ajo Blanco*. N° 54 Julio-Agosto, 1993: 16.
2. Camus, A. *Moral y política*. Madrid: Alianza-Lozada, 1984 : 68.
3. Guisán, E. *Ética sin religión*. Madrid: Alianza, 1993: 158.
4. En Shue, Henry. *Basic Rights*. New Jersey, Princeton University Press, 1980: 66.
5. Langdon Winner. *The Whale and the Reactor*. Chicago: Chicago University Press.
6. Ferrater Mora, José. *Modos de hacer filosofía*. Barcelona: Editorial Crítica, 1985: 72.

Edgar Roy Ramírez B.
Instituto de Investigaciones Filosóficas
Facultad de Letras
Universidad de Costa Rica